

## Retorno a la sobriedad

Il n'y a qu'a Tarascon qu'on entend de ces choses-là!

Alphonse Daudet.

Una de las características más antipáticas del tiempo en que vivimos es la ausencia absoluta de sobriedad, de sencillez. Nótase principalmente esta falla en lo escrito; y es el gran vehículo de la prensa el conductor principal de tanta enormidad como a diario contemplamos. No hemos sido siempre así los colombianos. Revisando papeles viejos puede verse fácilmente cómo hubo épocas aquí en que las cosas se llamaron por sus nombres, pura y simplemente por sus nombres de pila.

En lo referente a legislación, hallamos casos muy curiosos que muestran hasta qué punto un verbalismo inútil y ramplón ha invadido el campo.

El congreso constituyente de 1821 duró reunido seis meses, y solamente dictó una ley de honores: la que honra al ejército vencedor en Carabobo. Hay legislaturas, como las de 1823 y 24, en que no se encuentra una sola disposición de este género. ¡Y qué leyes tan realmente elocuentes en su sobriedad solemos hallar! Cuando el general Páez fue derrocado en Venezuela, buscó asilo en Colombia. Veamos de qué manera el congreso y el gobierno se prepararon para recibir al león caído: "El congreso de los Estados Unidos de Colombia decreta: Artículo único. Tan luego como el antiguo general colombiano José Antonio Páez llegue al territorio de la república, será considerado como general de la Unión, en servicio activo, para el efecto de sueldo y honores que corresponden a su clase". Nada más, nada menos. Y la muerte de don José Eusebio Caro, el mayor de los poetas de la Nueva Granada, fue lamentada oficialmente dos años después de ocurrida, en estas líneas espartanas: "La república reconoce los eminentes talentos, el genio vasto y profundo y el nobilísimo carácter de José

Eusebio Caro, y llora ante la tumba de este joven ilustre la irreparable pérdida de una de las más bellas glorias de la patria".

¿Qué parentesco tendremos nosotros con los legisladores de antaño? Francamente no se alcanza a vislumbrar. Parece otra raza, otro ambiente, sin duda una educación distinta. La comparación con leyes modernas pueden verificarla los lectores por su cuenta; me limito a facilitarles el cotejo, publicando estos ejemplos, entresacados de compilaciones viejas.

La falta absoluta del sentido de las proporciones, unida a un inmoderado deseo de exhibición, son características que distinguen hoy a muchos de nuestros conciudadanos, y han venido a formar un ambiente insufrible de mal gusto y de pedantería, en cuya raíz hay posiblemente un grave vicio de educación que convendría estudiaran los expertos.

Ningún mozo que lleve aquí siquiera un año de figurar en política, en letras, en deportes, en higiene o en albañilería, se conforma ya con ser apenas notabilidad nacional. Nó; él pasa, y los cronistas dan el espaldarazo, a la categoría de hombre continental. Vaya usted, mi amigo, a cualquiera oficina pública con el piadoso fin de recomendar a algún pobre diablo para que le concedan una beca, le nombren alcalde, o al menos que le den una modesta portería. Al día siguiente aparece la nota en el periódico: "Nuestro amigo, el ilustre estadista Fulano de Tal (hoy nadie que se estime baja de estadista) permaneció ayer por espacio de varias horas conferenciando con el señor gobernador en su despacho privado. La entrevista se prolongó hasta bien entrada la tarde, y aunque no hemos podido conocer los detalles de tan importante conferencia, sí podemos asegurar que de ella surgirá en breve una crisis administrativa de grande alcance".

La conversación lisa y llana pasó a mejor vida. Nuestra terrible, nuestra desoladora importancia nos la veda. En cambio, hemos elevado nuestra pobre y buena charla bogotana a categoría de conferencia o entrevista. ¡Loado sea el Señor!

No hemos podido resignarnos a que el conflicto del otro día con el Perú no alcanzara las grandes proporciones de una guerra al estilo de la mundial del año 14, con sus millares de muertos, sus ciudades destruidas, sus bombas, sus gases, sus grandezas y sus miserias. Nos hemos dado a la tarea de persuadirnos a nosotros mismos, y ya lo vamos logrando, que sí fue así, y que nosotros también tenemos ante-guerra, guerra y post-guerra, y

gozamos, por consiguiente, de una generación de post-guerra, des-preocupada, inteligentísima y elegantemente despiadada. No nos faltaba sino eso para ser felices. Poseemos marina de guerra y generación de post-guerra. Quizás no podamos llamarnos república de trabajadores como presuntuosamente llamaron los españoles a la suya; pero no sería excesivo llamarnos república de pedantes.

Mientras se esfuerzan los altos poderes en la tarea de democratizarnos, mayores defensas buscamos nosotros, cuando menos en el idioma, para aristocratizarnos. Residencia, mansión llaman ahora orgullosamente a cada nueva morada que se levanta. Nadie vive en casa —eso sería muy cursi—, ni habita en el barrio de San Diego o de Chapinero. ¡No faltaba más! ¿En dónde vive el señor o la señora Tal? En su mansión en el barrio residencial de Teusaquillo o del Nogal.

Residencia, mansión, señores y señoras de mi mayor consideración y aprecio, significan exactamente lo mismo que morada, albergue, en fin, que casa, que es la más bonita, la más simpática y la más acogedora de esas palabras. Tan en residencia vive un obrero del Paseo Bolívar, como un pseudopotentado de Santa Teresita. Perdónenme ustedes que les quite esta ilusión.

Aquí se hacen campañas por todo y para todo. ¿No sería muy oportuno que intentáramos una cruzada contra la alteración de los vocablos, contra la inflación verbal, contra la desfiguración desenfrenada de los valores? Refieren que alguno preguntó a Confucio, cercano ya su fin: “Maestro, si Dios te concediera una sola cosa, ¿qué le pedirías?” Respondió el filósofo: “Que recobren las palabras su valor literal”.

---

## Lampiños y barbudos

Dos jovencitos de la última hornada acaban de publicar en la “Revista del Rosario” un extenso y erudito artículo titulado “El Espíritu Mosaico”. Los vínculos que a uno y otro de ellos me ligan, lejos de cohibirme para analizar ese escrito, me obligan en cierto modo a hacerlo.

Atacan ellos fieramente al grupo de intelectuales que a mediados del siglo pasado se congregó en torno de “El Mosaico”, cé-